

**VIDA Y VIRTUDES DEL HERMANO POLICARPO**  
**TOMADAS DEL SUMARIO DE LA VIDA, VIRTUDES, MILAGROS**  
**Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS POLICARPO GONDRE**

**A) VIDA DEL HERMANO POLICARPO**

*Sumario de la vida, virtudes, milagros y fama de santidad del Hermano Policarpo Gondre*

- 1 *Nacimiento, padres, juventud y estudios (1801-1827)*
- 2 *La vocación, entrada en religión y profesión (1827-1829)*
- 3 *Actividad del Hermano Policarpo desde 1828 a 1841*
- 4 *Primera elección del Hermano Policarpo como Superior General del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. (1841-1846)*
- 5 *El Hermano Policarpo es elegido Superior General a perpetuidad. (1846-1859)*
- 6 *Labor del Hermano Policarpo en cuanto Superior General (1846-1858)*
  - a) *Impulsa a sus Hermanos hacia la perfección.*
  - b) *Fundaciones de nuevas casas.*
  - c) *Reconocimiento legal de la Congregación.*
  - d) *Visitas a las comunidades.*
  - e) *El Hermano Policarpo y el P. Arnaudon.*
- 7 *Reglas de la Congregación escritas por el Hermano Policarpo.*
- 8 *Última enfermedad y muerte del Hermano Policarpo.*

1. *Nacimiento, padres, juventud y estudios (1801-1827)*

El Hermano Policarpo era el tercero de los cuatro hijos de Jean-Joseph Gondre y de Victoire Gonsalin; nació el 21 de agosto de 1801, en La Motte-en-Champsaur, diócesis de Gap. Fue bautizado el mismo día y le pusieron por nombre Jean-Hipólito.

Los padres del Hermano Policarpo destacaban por su sencillez, discreción y piedad. Vivían su fe, practicaban públicamente y sin temor su vida cristiana y combatían los peligros que se siguieron de las perturbaciones sociales en Francia. Auguste Blanchard dice refiriéndose a los padres del Hermano Policarpo: «La familia Gondre era pobre en bienes materiales pero tenía mucha fe y una gran fama de honradez».

Jean-Joseph Camille Allemand, párroco de La Fareen- Champsaur testifica: «Al hacer el inventario de la biblioteca de la familia Gondre y leer muchos de sus libros, he podido observar que se trataba de una familia piadosa e instruida. La mayoría de los libros eran de piedad, de ascética y, algunos, clásicos.

El Hermano Policarpo pasó los años de la infancia en casa de sus padres en La Motte y allí recibió las primeras nociones de catecismo. En efecto, en su biografía se lee: «Desde su más tierna infancia, Hipólito tuvo la dicha de aprender las primeras lecciones del saber religioso. Su alma recta y candorosa debió experimentar los saludables efectos que de ello se derivan. Bajo el influjo de los consejos y ejemplos de una madre verdaderamente cristiana, pronto se convirtió en un niño juicioso y creció lleno de gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres. La piedad, ornamento de toda su vida, caló sin obstáculos en su corazón llevándole hacia Dios. Este atractivo sobrenatural era un preludio del futuro»

Jean-Joseph Camille Allemand añade: «Es tradición entre las gentes del pueblo que a Hipólito Gondre se le podían aplicar estas palabras de un himno de nuestra liturgia diocesana: ‘nada de cuanto hizo fue frívolo’; y que siempre se le veía preocupado por temas sobrenaturales».

Cuando llegó al uso de razón, empezó a frecuentar la escuela del pueblo; a esto se añadía, en los meses de verano, el pastoreo de las ovejas o las faenas del campo que sus fuerzas le permitían.

Jamás supo de ociosidad: mientras sus compañeros de clase se divertían, Hipólito, por su parte, se entregaba al estudio o a las obras de piedad.

El mismo Camille Allemand atestigua: «Añadido que en el huerto de la familia Gondre, cercado por un muro, existe un refugio abovedado, protegido por los árboles y un horno, adonde según la tradición se retiraba Hipólito a meditar o a leer libros piadosos».

En el prado conocido como «roca del Aire», levantó un pequeño oratorio donde colocó una imagen de la Santísima Virgen que a menudo adornaba con flores; muchas veces se recogía allí para rezar, y este es también el lugar a donde, siendo maestro, iba piadosamente con sus alumnos antes de acabar las clases.

La delicadeza de alma, sencillez y docilidad, fueron algunas de las cualidades que, tanto en su casa como en la escuela, ornaron los años juveniles de Hipólito, resplandeciendo a la vista de todos. Con estas disposiciones hizo su primera comunión y recibió más tarde el sacramento de la confirmación.

Acerca de la adolescencia del Hermano Policarpo, el párroco de su pueblo natal trae el testimonio que se recoge en la biografía: «Dócil a los buenos consejos y siguiendo las inspiraciones de su conciencia, prefirió siempre las alegrías de la piedad y los encantos de la familia. La lectura, las prácticas religiosas y la oración tenían para él un verdadero atractivo. En los oficios de la iglesia, su porte respetuoso y su auténtica y sólida piedad eran un motivo de edificación para la parroquia entera (...). Se puede decir de Hipólito cuanto de bueno pueda uno imaginar sin temor a equivocarse.

En su juventud, Hipólito Gondre hizo amistad con un seminarista llamado Mamert Escalle, muerto en olor de santidad poco después de recibir el diaconado. Ambos se animaban mutuamente en la práctica de los consejos evangélicos. Camille Allemand habla también de otra amistad con «una santa joven, llamada Victoire Eyraud».

Con fecha 9 de octubre de 1822, a la edad de 21 años cumplidos, el Hermano Policarpo obtuvo el título que le habilitaba para el ejercicio de la enseñanza, y pocos días después, consiguió autorización para abrir una escuela en La Motte.

En su biografía, se lee: «A partir de entonces, se entregó con pasión a la enseñanza, feliz de abrir las mentes jóvenes y de formarlas en el amor hacia lo bueno y en la práctica de la virtud. ‘Hipólito Gondre –nos escribe el mismo párroco de La Motte– fue un maestro competente y muy apreciado en la región’. Cuantos me han proporcionado datos a este propósito, afirman que enseñaba muy bien y que formó muy buenos alumnos».

## 2. *La vocación, entrada en religión y profesión (1827-1829)*

Una voluntad generosa, una vida cristiana íntegra y la inclinación que su alma sentía hacia cosas más altas, todo ello alimentado por la oración y la meditación, contribuyó a despertar su vocación religiosa.

Al parecer, fue su propio párroco quien le hizo desistir de la idea de orientar su vida hacia el sacerdocio, ya que la modesta condición de su familia no le hubiera permitido hacer frente a los elevados costos del seminario.

El Hermano Policarpo estaba muy relacionado con algunos miembros del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón oriundos de Gap, entre ellos los Hnos. Xavier y Bernardin. Admirador de su vida religiosa, pensó en seguir sus huellas. Pero quien de veras contribuyó a que ingresara en el Instituto fue el Hermano Ciprien. El fue el verdadero «protector», como se dice en Francia, del Hermano Policarpo. Y él fue quien facilitó su ingreso en comunidad haciéndose responsable de su idoneidad ante los superiores.

A los 26 años, Hipólito fue admitido en el Instituto por el sacerdote F.V. Coindre, a la sazón Superior General, el día 27 de junio de 1827, ingresando en la casa llamada «*Pieux-Secours*», en la ciudad de Lyon. Transcurridos tres meses de postulando, tomó el hábito el 16 de septiembre de 1827, cambiando el nombre de Hipólito por el de Policarpo, con el que fue conocido y denominado a partir de entonces.

Acabados los dos años de formación previstos por el reglamento, el 21 de septiembre de 1829, el Hermano Policarpo fue admitido, no a la profesión temporal –como era preceptivo y habitual en el Instituto– sino a la profesión perpetua directamente. Esta singular excepción pone de relieve el alto aprecio que se tenía de sus virtudes.

### *3. Actividad del Hermano Policarpo desde 1828 a 1841*

Al disponer de título docente, y «considerando sus especiales cualidades», ya en el año 1828, siendo aún novicio, los superiores encomendaron al Hermano Policarpo bien sea la clase de los niños del Pieux-Secours, o bien su colaboración en la formación de sus compañeros de noviciado. En todo acertó a desempeñarse de manera excelente.

Como la guerra civil de julio de 1830 devastara la ciudad de Lyon y, consecuentemente, regresasen a sus hogares la mayor parte de los novicios, el Hermano Policarpo fue enviado como Director de la escuela de Vals, no lejos del Puy. Desempeñó tan bien su misión, que Vals se convirtió en una institución modelo. Mucho después de su muerte, el Hermano Policarpo seguía siendo recordado con reverencia y veneración por sus eminentes virtudes.

En 1835 el Hermano Policarpo resultó elegido segundo Asistente General, encomendándosele, al mismo tiempo, la formación de los novicios, en primer lugar en Vals –pues los documentos revelan que año tras año se había recibido novicios– y luego (1837) en Lyon. De 1836 a 1841 dejó constancia escrita de su puño y letra, en el «Registro de Novicios», de cuanto concernía a cada uno de sus formandos.

El Hermano Xavier, durante estos años, confió también al Hermano Policarpo la formación intelectual de los novicios; por esta razón quiso que el Hermano Policarpo obtuviera un nuevo diploma docente de capacitación, diploma que obtuvo el 1 de septiembre de 1837, y con el cual quedaba facultado para enseñar en la escuela primaria.

El noviciado se trasladó definitivamente a Paradis en septiembre de 1838, continuando bajo la sabia batuta del Hermano Policarpo quien fue nombrado, además, Director del colegio recién abierto en dicho lugar en el mes de octubre. Durante su mandato, el número de novicios aumentó considerablemente, volvieron a florecer la vida religiosa y los estudios y, en breve tiempo, los beneficios espirituales fueron evidentes.

El colegio conoció, de igual modo, el esplendor con la dirección del Hermano Policarpo. En el mes de octubre siguiente, se confió el noviciado al Hermano Alfonso, mientras el Hermano Policarpo asumía la dirección general de la casa de «Paradis».

Con el fin de mejorar la vida espiritual de novicios y Hermanos, entre otras cosas, el Hermano Policarpo estableció la cofradía del Inmaculado Corazón de María, aprobada canónicamente el 2 de febrero de 1840 en «Paradis», y afiliada a la archicofradía del mismo nombre erigida en París en la iglesia de «Nuestra Señora de las Victorias». La lista de 29 Hermanos se inicia, precisamente, con el nombre del Hermano Policarpo. Probablemente también se deba a él la organización de los Ejercicios Espirituales en Paradis a partir de 1839.

En el Capítulo General habido en Paradis el 23 de septiembre de 1840, el Hermano Policarpo fue nombrado primer Asistente -además de Director General- de la Congregación, en sustitución del Hermano Xavier. Así pues, en el empeño de renovar la Congregación, mientras el Hermano Xavier se ocupaba de sanear las finanzas, el Hermano Policarpo se entregaba de lleno a la renovación espiritual. En este menester se distinguió por su bondad, espiritualidad y recto juicio. Por tanto no es de extrañar que, tras la dimisión del P. Vicente Coindre, confluyeran hacia él todos los votos.

### *4.- Primera elección del Hermano Policarpo como Superior General del Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón. (1841-1846)*

El Padre Francisco Vicente Coindre presentó su dimisión como Superior General en carta fechada el 20 de agosto de 1841. Reunido en Paradis del 12 al 14 de septiembre del mismo año, el Capítulo General ratificó esta dimisión (12 de septiembre) y a continuación eligió al nuevo Superior General. De los 59 miembros de la Congregación entre los que, por orden de antigüedad, el Hermano Policarpo ocupaba el decimosexto lugar, 12 eran miembros del Capítulo.

El 13 de septiembre, antes que nada, bajo la presidencia del Hermano Policarpo en calidad de primer Asistente, se planteó una cuestión preliminar: ¿convenía elegir como Superior General a uno de los miembros de la Congregación o a un sacerdote del clero diocesano? La cuestión no era superflua, ya que había que evitar la amenaza de un peligro: que el capellán Arnaudon se pusiera al frente del Instituto. Los capitulares decidieron, por unanimidad, que fuera un miembro de la Congregación.

Resuelta la cuestión, el Capítulo procedió inmediatamente a la elección de Superior General, resultando que, en el primer escrutinio, todos los votos se concentraron en el Hermano Policarpo. De este modo quedaba elegido para ocupar el supremo cargo de la Congregación. «...el Hermano Policarpo resultó elegido con la totalidad de los votos, excepción hecha del suyo; acto seguido, le hicimos sentar en un sillón colocado sobre la grada del altar y dio a besar su mano derecha a todos los Hermanos. En ese instante, la asamblea toda mezclaba sus lágrimas de ternura y alegría con las de amargura que el dolor profundo hacía derramar al recién electo, al verse sometido a carga tan pesada; sin embargo, sobreponiéndose, se levantó y declaró que aceptaba la cruz que el Señor le imponía».

Vienen a cuento aquí las palabras que se leen en la biografía: «Al ser proclamado su nombre la alegría iluminó todos los rostros y los ojos brillaron de gozo y de esperanza. Únicamente el Hermano que era objeto de esta muestra de confianza, se consideraba indigno de ella; la aceptación de semejante carga constituía para él un sacrificio heroico. A pesar de todo, y a sabiendas de lo difíciles y abrumadoras que serían sus funciones, y más en las circunstancias de entonces, acató la voluntad de Dios claramente expresada en el voto unánime del Capítulo General». Los religiosos, por su parte, rebosantes de gozo daban gracias a Dios porque, al fin, la Congregación tenía un Superior General capaz, prudente, caritativo y con buenas dotes de gobierno. La elección, también esta vez, era para cinco años, y no a perpetuidad como pedían las Constituciones.

Como asistentes generales, resultaron elegidos en este mismo Capítulo los Hnos. Marie-Joseph y Alfonso. El Hermano Policarpo nombró Administrador General al Hermano Xavier, a los Hnos. Benoît y Jérôme, miembros del Consejo General, y al Hermano Martin, Secretario General. De esta manera quedaba constituido el nuevo gobierno del Instituto, siendo el Hermano Policarpo el centro y alma del mismo.

Durante estos cinco años y a pesar de sus enfermedades, como más adelante veremos, el Hermano Policarpo trabajó con ardor para implantar la disciplina y observancia religiosas, resolver dificultades, rellenar lagunas y perfeccionar la obra emprendida por el Padre Fundador. Enseñó a los Hermanos las sendas de la santidad, visitó anualmente todas y cada una de las casas del Instituto y, sobre todo, preparó las nuevas Reglas que habían de someterse a la aprobación del siguiente Capítulo General.

##### *5.- El Hermano Policarpo es elegido Superior General a perpetuidad. (1846-1859)*

Completado el quinquenio de su mandato, el Hermano Policarpo convocó el Capítulo General, a celebrarse durante los días 10 a 12 de septiembre de 1846 en la casa de «Paradis». Sucedió nuevamente en esta ocasión que, al primer escrutinio del día 10, todos los votos, excepto el suyo, confluyeron en la persona del Hermano Policarpo. Consecuentemente, quedó confirmado como Superior General pero, esta vez, a perpetuidad.

Esa unánime ratificación ilumina con meridiana claridad la gran estima de que gozaba el Hermano Policarpo entre todos los Hermanos, estima que les llevó a hacer caso omiso de la repugnancia manifestada para aceptar el cargo. En efecto, leemos en las actas del Capítulo: «El Hermano Policarpo resultó reelegido por unanimidad en el primer escrutinio; pero habiendo declinado aceptar la carga que se le trataba de imponer, alegando que la aceptaría si llegara a convencerse de que no había miembros más dignos que él, procedimos a una segunda votación en la que nuevamente salió elegido por unanimidad; al persistir en la negativa, el Hermano Marie-Joseph, en su calidad de portavoz de la asamblea capitular como primer Asistente, leyó el artículo 6 del capítulo 8 de nuestras Reglas acerca de la obediencia; tras esta lectura le manifestó que, si persistía en su actitud, se vería obligado, como portavoz del Capítulo General -en el que residía en ese

momento la suprema autoridad de la Congregación- a formularle una orden en virtud de la santa obediencia. Nuestro Hermano respondió que aceptaría a condición de *que todos los Hermanos se comprometiesen a ser buenos religiosos*, condición que todos aceptaron y que fue refrendada mediante repetidas aclamaciones; en consecuencia, quedó proclamado Superior General.»

Con fecha 11 de septiembre, el Capítulo aprobó los Estatutos y Reglas que el Hermano Policarpo había preparado para la Congregación a lo largo de los cinco años de su primer mandato. Al día siguiente, 12 de septiembre, fueron convocados por el Superior General, en la sala capitular, todos los profesos perpetuos que no habían tomado parte en las sesiones del Capítulo e hizo leer al Secretario los nuevos Estatutos y Reglas. Después les preguntó si las aprobaban. Los Hermanos respondieron que sí y las firmaron.

#### 6. *Labor del Hermano Policarpo en cuanto Superior General (1846-1858)*

Finalizado el Capítulo, el Hermano Policarpo se entregó en cuerpo y alma a la función para la que había sido reelegido. «Hombre de sacrificio continuo e inflexible inmolación al deber, debía consagrar al cumplimiento de su misión todas sus fuerzas, su tiempo y energía». Hasta el fin de sus días se le verá sacrificándose, siempre en guardia, para combatir el mal, perseguir el vicio y hacer triunfar la virtud».

Veamos, siquiera brevemente, cuáles fueron los principales puntos a los que dedicó sus desvelos. Estas consideraciones harán también referencia al período que precedió a su elección vitalicia.

##### a) *Impulsa a sus Hermanos hacia la perfección.*

Elegido Superior General, el Hermano Policarpo consideró que uno de sus principales deberes era exhortar a los Hermanos a la perfección. De ahí que les invitase asiduamente a imitar al Divino Redentor, precediéndoles él mismo en este camino.

Escribe el Hermano Basilien: «...El Hermano Policarpo ha consumado el modelo de Hermano del Sagrado Corazón. En todos los cargos que le fueron confiados, descubrimos siempre al religioso ferviente a quien imitar.»

Superior bueno y prudente, celoso y enérgico, el Hermano Policarpo, con sabia moderación y franqueza, no dudaba en recordar a cada uno la norma de conducta que debía seguir. En su biografía leemos: «Quería de los directores que, en el ejercicio de su cargo, estuviese todo fundado en una autoridad mezclada de mansedumbre y firmeza a la vez, exhortándoles a ser siempre para los inferiores modelos de piedad, de paciencia y de fidelidad en el cumplimiento de todas las obligaciones de la vida religiosa. Los inferiores eran, igualmente, objeto de su amorosa solicitud. Les hablaba en un tono de voz y con una expresión de amabilidad y de bondad tales, que demostraban bien a las claras el vivo interés que por ellos tenía».

Si, por una parte, aborrecía las malas costumbres y la pereza, por otra, sentía horror hacia una extrema severidad y rigidez en la educación de los jóvenes. «Al contrario, quería ver a los maestros imbuidos siempre de una bondad dulce y firme, de los santos afectos que la fe inspira, empleando el ingenio que sugiere el verdadero celo y que, tras vencer toda clase de obstáculos, acaba por hacer amar el bien y el trabajo y lleva los corazones y las almas hacia Dios.»

En circular dirigida a los Hermanos, fechada el 12 de enero de 1848, expone en siete puntos la esencia de la vida religiosa: 1) huida hasta de los menores defectos, 2) observancia de los votos, 3) fidelidad a las Reglas, lo que constituye una garantía de crecimiento y salvaguardia de los votos, 4) vida de comunidad, 5) espíritu de humildad, 6) unión con todos los miembros de la comunidad, 7) los ejercicios de piedad, que ayudan a las virtudes.

Nada descuidó para proteger la vida religiosa de los Hermanos. Por ejemplo, al enviar Hermanos para una nueva fundación, pedía al párroco del lugar que velase por ellos. Escribiendo al párroco de Allanche, le pide que ponga fin a cualquier abuso que pueda existir en la comunidad religiosa y, además, que mejore las condiciones materiales de la casa.

Alaba a los Hermanos asiduos en la oración y se alegra por el hecho de que los religiosos que están en América lleven una verdadera vida religiosa. Inculca el espíritu de caridad entre los Hermanos de Francia y los de América; hace uso, con firmeza, de su derecho a elegir las personas que destina a las diversas escuelas; quiere mortificación, pero sin que llegue a comprometer la

salud; se ocupa de que a los Hermanos no les falte nada de cuanto necesitan para vivir y mantenerse sanos.

El Hermano Policarpo defendía los intereses de sus Hermanos cuando veía que otros religiosos querían ocupar su lugar; no obstante, sabía ser siempre conciliador. A este respecto, escribía a un párroco el 26 de marzo de 1850: «Sin embargo, si otra comunidad le ofrece condiciones más favorables para su parroquia, créame, Sr. Párroco, que veríamos sin suspicacias a otros religiosos educadores como vecinos nuestros».

#### b) *Fundaciones de nuevas casas.*

Basándose en las cartas y en los documentos relativos al gobierno del Hermano Policarpo, se constata que fundó 82 casas: 76 en las provincias de Francia y 6 en ciudades de Estados Unidos. A su muerte, el Instituto contaba con 97 casas. También el número de religiosos había aumentado considerablemente; en efecto, a su muerte, la Congregación tenía 400 miembros, novicios incluidos, mientras que en el momento de su elección, solamente había 59 Hermanos. A una Congregación que estuvo amenazada de ruina, la dejaba floreciente y vigorosa.

Trataba con clarividencia y precisión los asuntos relativos a las fundaciones de comunidades. Con las autoridades eclesiásticas y civiles era todo atenciones y respeto; tenía profundamente arraigado el sentimiento de gratitud. Si alguien le había hecho un favor, inmediatamente le manifestaba su agradecimiento.

Entre sus fundaciones, sobresale como más importante la que estableció en América del Norte. El Obispo de Mobile, de paso por Lyon, escribió al Hermano Policarpo el 9 de junio de 1846 solicitando que le enviase algunos Hermanos para hacerse cargo del orfanato de Mobile. El Hermano Policarpo atendió complacido esta petición y le mandó cinco Hermanos. Entre ellos se encontraba el Hermano Alfonso, que fue fundador y Provincial de la nueva colonia. El desarrollo de la Congregación en estas latitudes fue admirable, de tal modo que los Hermanos, además del orfanato y de la escuela parroquial de San Vicente, aceptaron en 1848 la dirección de la escuela de la catedral en la que, además de las enseñanzas profanas, daban también una excelente educación religiosa a numerosos jóvenes. Ya en 1850, y a petición del señor Obispo, los Hermanos abrieron una escuela en Dubuque. Posteriormente fundaron escuelas en La Baie Saint-Louis, Natchez, Saint-Thomas, New-Orleans, Vicksburg, Augusta, Indianápolis, Charlestown, etc.

El Hermano Policarpo rodeó de constantes atenciones y cuidados a sus Hermanos de América; les escribía con frecuencia para informarles de la marcha del Instituto, animándolos a llevar una ferviente vida religiosa; al Hermano Alfonso, sobre todo, le da consejos y normas para que gobierne con miras a estabilizar la Congregación en esa parte del mundo.

#### c) *Reconocimiento legal de la Congregación.*

En 1851, la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón no disfrutaba todavía de reconocimiento legal del Estado; sólo podía fundar casas mediante autorización particular librada por cada provincia. Tras llegar a un país tan lejano, interesaba un decreto que permitiera a los Hermanos establecerse por todo el territorio nacional. Gracias al buen hacer del Hermano Policarpo y a la estima de que gozaba, el Consejo Supremo de Instrucción Pública extendió el decreto de reconocimiento legal el 19 de junio de 1851.<sup>1</sup>

#### d) *Visitas a las comunidades.*

Con el fin de perfeccionar la vida religiosa de sus Hermanos, prevenirles contra la relajación y llevarles a la observancia de las Reglas, el Hermano Policarpo visitaba las comunidades del Instituto cada año. Estas visitas, que le absorbían buena parte de su tiempo, produjeron frutos de fervor y excelente espíritu religioso. Los viajes desagradaban al Hermano Policarpo, sin embargo, impulsado por la caridad, afrontaba este tipo de sacrificios con ánimo alegre.

Y siempre, principalmente en las tribulaciones, resplandecieron las admirables virtudes que adornaban su alma. En cuanto llegaba a una casa del Instituto, todos los Hermanos le rodeaban como hijos que vuelven a encontrarse con su padre. El Hermano Policarpo los abrazaba

---

<sup>1</sup> Como se verá en el apartado e) esto produjo un malentendido y un conflicto con el Hermano Javier.

cariñosamente, respondía a sus preguntas, les ponía al corriente de las noticias del Instituto y, finalmente, con dulzura y mansedumbre les decía: «¿No me preguntan nada más?»

A causa de su débil constitución, para hacer las visitas viajaba en una diligencia cuyo cochero era un Hermano que vestía traje civil; muy a menudo, sin embargo, iba a pie. Precisamente a consecuencia de uno de esos viajes a pie desafiando los rigores invernales del año 1843, tras visitar las casas de la región de Yssingeaux, volvió a Paradis enfermo de tal gravedad que se llegó a temer por su vida. El Hermano Policarpo pidió recibir los últimos sacramentos que, en medio de un gran dolor de sus Hermanos, le fueron administrados. No obstante, con la ayuda de Dios, recuperó la salud y reanudó su habitual actividad con nuevos bríos.

Para que las visitas resultasen más fáciles, el Hermano Policarpo quería que las casas de una misma región estuvieran próximas unas a otras. Al obispo de Bayonne le escribía: «Hasta el momento, y en la medida de lo posible, hemos tratado de agrupar las escuelas dirigidas por los Hermanos; y nuestras setenta y cinco casas se encuentran radialmente diseminadas en lugares que no distan más de cinco o seis leguas de nuestros principales centros. De esta forma, los cambios de personal y los viajes resultan menos problemáticos y es más fácil visitar varias veces al año cada casa, lo cual contribuye, no poco, al mantenimiento de la disciplina, salvaguarda de los intereses comunes y cultivo del espíritu de familia entre los miembros de la Congregación».

#### e) *El Hermano Policarpo y el P. Arnaudon.*

El sacerdote J. Eugène Arnaudon, hombre dotado de gran inteligencia, celo y doctrina, era desde 1839 el capellán de los Hermanos del Sagrado Corazón en «Paradis». Sin embargo, los poderes que había recibido del obispo rebasaban ampliamente los de un simple capellán, hasta el punto de que, a raíz de la dimisión del P. Vicente Coindre, aspiraba a convertirse en el nuevo Superior General del Instituto. La elección del Hermano Policarpo contrarió al abate Arnaudon, quien se arrogaba poderes que normalmente eran competencia del Superior General y su Consejo. De ahí las protestas de los Hermanos, que consideraban su actuación indigna.

El Hermano Xavier, con el consentimiento del Hermano Policarpo, expuso el caso al Señor Obispo del Puy y solicitó la intervención del cardenal De Bonald, Arzobispo de Lyon. Actuando con inteligencia, hacia finales de 1849 acordaron que el sacerdote Arnaudon permanecería en la ciudad del Puy y que tan sólo iría a la casa de «Paradis» para celebrar la misa y confesar. Como el sacerdote Arnaudon llegase a sospechar que la mano del Hermano Xavier tenía algo que ver en esta decisión, le acusó ante el Hermano Policarpo de intentar un cisma en la Congregación para fundar otra en Lyon.

De nada sirvieron las protestas de inocencia del Hermano Xavier, quien cansado, y sin conocimiento previo del Superior General, solicitó del Consejo Supremo de Instrucción Pública, el día 20 de octubre de 1850, el reconocimiento legal del Instituto en el departamento de Rhône, para que se permitiera el traslado de la casa general a dicho departamento. De esta manera, la Congregación se vería libre de la jurisdicción del Obispo del Puy que amparaba al abate Arnaudon.

Cuando el Hermano Policarpo tuvo conocimiento de este asunto, hizo regresar al Hermano Xavier a la casa general e, inmediatamente, rogó al ministro de Instrucción Pública que no diese curso a la petición. En este desagradable problema, el Hermano Policarpo se mostró prudente y cauto. Consciente de las dificultades, con tiento, pero oportunamente, se dirigió al Obispo buscando la remoción del capellán. Al ver que no lo conseguía, ya que el Obispo amparaba al abate Arnaudon, consideró conveniente evitar que el tema se divulgase, posponiéndolo para una ocasión más propicia. Por otra parte, el Superior General de la nueva Congregación sabía que esta necesitaba de la protección del Obispo y, consiguientemente, no convenía insistir a destiempo. Lo que el Hermano Xavier estimaba como debilidad y claudicación del Hermano Policarpo, habría que interpretarlo, más bien, como prudencia, precaución y sensatez, cualidades que el Hermano Policarpo puso de manifiesto en múltiples ocasiones y de manera brillante.

#### 7. *Reglas de la Congregación escritas por el Hermano Policarpo.*

El P. André Coindre había pedido a los primeros Hermanos que observaran la Regla de S. Agustín y las Constituciones de S. Ignacio, con la idea de escribir, cuando le fuera posible, la Regla

propia de nuestro Instituto. Esto no llegó a darse, ya sea porque los trabajos apostólicos le absorbían, ya porque murió prematuramente. No obstante, dejó algunas reglas particulares y estatutos referentes a diversos oficios desempeñados en la Congregación.

A su hermano y sucesor en el gobierno de la Congregación, Vicente Coindre, excesivamente ocupado en los asuntos materiales, no le quedaba tiempo para pensar en escribir unas Reglas. Sin embargo, en el Capítulo General de 1826, promulgó algunas disposiciones relativas a las vacaciones, gastos de viajes y sufragios por los difuntos. Con ocasión de los capítulos de 1835 y 1840 fueron promulgadas, asimismo, otras ordenanzas.

Desde que fuera elegido Superior General, el Hermano Policarpo se preocupó de redactar una legislación, pues el vacío legal existente, de todos advertido, era nefasto para el Instituto. Por ello, tras dirigir una circular el 8 de enero de 1843 a los Hermanos solicitando los documentos que poseyeran, máxime si se remontaban al Fundador, puso manos a la obra con ardor. En primer lugar, examinó los escritos legados tanto por el Fundador como por su hermano; luego, hizo uso de las Reglas y Constituciones de la Compañía de Jesús en lo que concierne a vida religiosa y formación; finalmente, y en lo tocante a la estructura del Instituto y las escuelas, se inspiró en las Reglas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Para el verano siguiente, el trabajo estaba terminado y había sido enviado a los Hermanos para que lo analizaran. Las Reglas generales y comunes están divididas en 25 capítulos, y los capítulos en párrafos. Contienen normas acerca del fin del Instituto, de la vida común, de los ejercicios de piedad y las virtudes, de las relaciones con el Director y los Hermanos, de la admisión en el Instituto y la profesión, y del reglamento cotidiano.

Antes de conseguir la aprobación por parte de la Santa Sede, el Hermano Policarpo quiso que se tuviera la de los Obispos en cuyas diócesis poseíamos casas. Con ocasión del Capítulo General habido del 10 al 12 de septiembre de 1846 en Paradis, tras la elección del Hermano Policarpo como Superior General a perpetuidad, los miembros capitulares aprobaron por unanimidad los Estatutos y las Reglas.

Según el Hermano Policarpo, las Reglas y Estatutos ya promulgados no bastaban para configurar el gobierno definitivo del Instituto. Por esta razón, fundado en la experiencia, el Hermano Policarpo creyó oportuno reiniciar el trabajo con el fin de dar a la Congregación unos Estatutos definitivos, así como unas Constituciones que aún estaban por escribir. Era un proyecto que venía madurando desde hacía tiempo. En mayo de 1855 escribía al Hermano Alfonso manifestándole su deseo de reiniciar, bajo un nuevo punto de vista, la redacción de los Estatutos y de las Reglas de Gobierno. Esta misma intención manifestó al Hermano David.

A mediados del mes de diciembre de ese mismo año, 1855, el Hermano Policarpo envió una circular a todos los religiosos, en la que les exponía las líneas maestras del nuevo trabajo y les pedía su colaboración. A lo largo de los meses subsiguientes, les dio algunas otras directrices. En el Capítulo General del 16 de agosto de 1856, expuso las líneas fundamentales del trabajo y, acto seguido, comenzaron las sesiones. En las diez primeras, se discutieron los 27 artículos iniciales de los nuevos Estatutos y, en la undécima, fueron leídos y aprobados los artículos corregidos. De la sesión duodécima a decimosexta, se promulgaron leyes acerca del gobierno general de la Congregación, de la asamblea capitular y de lo relativo a su preparación; en el resto de las sesiones, la discusión se centró sobre temas relativos a los asistentes generales, a los visitantes y a los religiosos encargados de los asuntos temporales.

El 5 de septiembre, tras 24 sesiones, tuvo lugar la clausura del Capítulo, pero como había quedado harta labor por desarrollar en lo tocante al programa presentado por el Hermano Policarpo, se dejó para continuarlo al año siguiente en nuevas sesiones capitulares; estas sesiones, sin embargo, no pudieron llevarse a efecto. En carta dirigida al Hermano Alfonso, y fechada el 20 de febrero de 1858, el Hermano Policarpo justificaba este aplazamiento: «La asamblea no se reunió en las pasadas vacaciones porque los materiales no estaban a punto, y dudo mucho que lo estén en las próximas, ya que nuestros dos asistentes se dedican de lleno a sus respectivas obras, el uno de Aritmética y el otro de Gramática con sus correspondientes ejercicios; incluso, todo ello está a



punto de entrar en la imprenta». Así pues, a causa de la muerte del Hermano Policarpo, acaecida el 9 de enero de 1859, el trabajo previsto recayó en su sucesor.

#### 8. *Última enfermedad y muerte del Hermano Policarpo.*

Como dijimos, la salud del Hermano Policarpo estuvo en gran peligro en el año 1843 cuando, al regresar a Paradis tras una visita a las comunidades de Yssingeaux, se sintió tan mal que pidió le administraran los últimos sacramentos. Recuperada sorprendentemente la salud, escribía lo siguiente a sus Hermanos: «Aprovecho, mis queridos Hermanos, las primeras horas de convalecencia para agradecerles las oraciones que han hecho por mí durante la enfermedad que ha puesto en peligro mi vida. Si Dios se hubiese complacido en llamarme a su lado, le habría bendecido eternamente por ello. Pero quiere que mis débiles hombros sigan llevando la carga de la autoridad; que su santo nombre sea igualmente bendito».

En el mes de abril de 1847 volvía a caer nuevamente enfermo. Así habla de esta enfermedad el Hermano Marie-Auguste: «Corría el mes de abril de 1847. Al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebres tifoideas. Personalmente cuidé de él y le atendí durante más de un mes, y me edificó continuamente: sumisión y obediencia absolutas -tanto al médico como al enfermero- a todo lo que se le decía. Me impresionó su recogimiento constante y su intenso fervor».

Pero las enfermedades frecuentes, la ingente labor de organizar y dirigir la Congregación, las incesantes visitas a las casas, la firmeza en la observancia regular, las ininterrumpidas penitencias... quebrantaron de tal modo su salud, que él mismo intuyó la proximidad del final de su carrera en la tierra.

Llegó incluso a comunicar este presentimiento a sus Hermanos. He aquí sus palabras: «A sus buenos augurios, traten de añadir alguna fervorosa oración por mí, que no tardaré en llegar al final de mi carrera para acudir al Señor, a darle cuenta de todo lo que ha tenido a bien confiarme... (enero de 1858)».

No obstante, ya en octubre de 1857, había dicho: «Adiós, adiós hasta la eternidad». Toda la vida del Hermano Policarpo fue una continua y seria preparación para la muerte pero, de manera especial, en los dos últimos años de su existencia las oraciones y los ejercicios de piedad se hicieron más frecuentes e intensos; redoblaba las prácticas de austeridad, y su corazón, desligado de las cosas terrenales, se complacía en el pensamiento de la eternidad.

El 27 de diciembre de 1858, advirtió el Hermano Policarpo los primeros síntomas de la enfermedad que le arrebataría al afecto de sus Hermanos. El Hermano Adrián, quien junto al Hermano Marie- Jean comunicó la triste noticia a los Hermanos el 3 de enero del siguiente año, describía de esta manera los últimos instantes del Hermano Policarpo: «El día de San Juan Evangelista, el virtuoso Superior a quien todos lloramos, recibió la comunión durante la misa; se encontraba un poco fatigado pero a nadie había dicho nada. A mediodía se acostó doliéndose de su habitual punzada en el costado; la enfermedad no parecía de cuidado, y el médico, que le visitaba a diario, decía que no había ningún peligro. La fiebre había desaparecido y nos tranquilizamos al verle tomar algunos alimentos; sin embargo, él, en lugar de sentirse confiadamente optimista, nos repetía continuamente que su final estaba próximo y que su misión en este mundo había terminado.

Únicamente por obediencia a su confesor, recibió el jueves la sagrada comunión; su deseo hubiera sido esperar hasta el viernes, a causa del presentimiento que tenía, mientras que el señor capellán lo único que pretendía era que recibiese el sagrado sacramento simplemente por devoción. El santo religioso tuvo el viernes algo de fiebre sin acusar ningún dolor; esta fiebre había desaparecido el sábado por la tarde, por lo que, tanto el médico como el capellán, sostenían que había experimentado una sensible mejoría, mientras que el enfermo opinaba y decía lo contrario. A las cuatro de la mañana del día siguiente, me llamaron y vi que nuestro querido enfermo, aunque no había tenido convulsiones, se acercaba a sus últimos momentos. Se llamó al capellán, el sacramento de la extremaunción fue administrado y recibido con plena lucidez y, unos instantes más tarde, sin esfuerzo aparente, nuestro virtuoso Hermano Superior entregaba su hermosa alma a Dios en medio de las lágrimas y amargos lamentos de los principales Hermanos de la comunidad».

Algunos detalles más sobre los últimos instantes del Hermano Policarpo, que no aparecen en la carta del Hermano Adrián, los hemos conocido gracias a una carta que el Hermano André escribió a otro Hermano: «Hacia las cuatro de la mañana, empezó a notarse más agitada la respiración y más abatido el enfermo; tenía un poco de espuma a ambos lados de la boca. Se llamó a los asistentes, bajé yo también, el capellán llegó al mismo tiempo que nosotros y le administró la extremaunción... El enfermo tenía plena lucidez: hacía la señal de la cruz, se secaba los labios con el pañuelo, presentaba la mano y cerraba los labios para las unciones... Cuando concluyó, el señor capellán se fue a celebrar la misa con los niños que teníamos que llevar a San Paulino. Eran las cinco y cinco. El primer Asistente General y yo acompañamos al capellán hasta la mitad del pasillo. Regresamos de inmediato con el Hermano Administrador y el Hermano Victorien... Nuestro Reverendo Hermano se había dormido para siempre... El segundo Asistente acababa de darle dos cucharadas de tisana; al ofrecerle la tercera, vio que el enfermo levantaba los ojos; después... ¡se acabó! Eran las cinco y ocho minutos. Así, sin el menor esfuerzo, sin el menor ruido, voló al cielo esta santa alma: en la más perfecta paz, de manera silenciosa y recogida, como había hecho toda su vida».

El Hermano Policarpo falleció el 9 de enero de 1859, a la edad de 57 años, 4 meses y 20 días. Gobernó la Congregación durante 17 años y 5 meses. El mismo día de su muerte, los asistentes comunicaron la triste noticia a todos los Hermanos de la Congregación.

El Hermano Policarpo fue sepultado en un rincón del huerto de Paradis, donde se encontraba el cementerio. Sobre la tumba había una cruz con una placa en la que podía leerse su nombre. En este lugar permaneció hasta 1927, año en que se procedió a la exhumación y reconocimiento canónico de sus restos mortales; de este reconocimiento existe un acta oficial.

## **B) VIRTUDES DEL HERMANO POLICARPO**

### *Resumen extraído del Sumario de la Positio*

#### *a) El Espíritu de fe del Hermano Policarpo*

- 1 Las aspiraciones y miras de su fe eran algo así como el fondo de su alma, el tesoro de su corazón y de su vida.
- 2 Guiado por el impulso de la fe abrazó la vida religiosa. Una vez elegido Superior, fue la fe la que le inspiró, en todo, su proceder: «¡Quién pudiera expresar la firmeza de su fe, su ilimitada confianza en Dios y el ardor de su amor divino!»
- 3 Dice el Hermano Basilien: «La fe iluminaba su mente, purificaba sus sentimientos y orientaba sus actos. Toda su persona se transfiguraba bajo esta luz; un rayo de eternidad lo alumbraba con claridad divina. Además, ¡cuánto estimaba la vocación religiosa, tanto en él como en sus Hermanos!»
- 4 En las Reglas escribe: «Deberán estar continuamente animados de un espíritu de fe viva, de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hacia el prójimo» (c. I, 5).
- 5 Afirmaba que las grandes dificultades son fuente de bendición y de recompensa si se aceptan con verdadero espíritu de fe: «No hemos de desanimarnos durante las pruebas. Es en ese momento cuando hemos de reavivar nuestra fe y nuestro ánimo como verdaderos soldados de Cristo».
- 6 Entre sus resoluciones figura la siguiente: «Confianto siempre en Dios, nada ha de asustarme: ni penas, ni adversidades, ni siquiera las faltas en que pudiera caer».

#### *b) La esperanza del Hermano Policarpo*

- 1 Si, por una parte, la fe alimentó la vida espiritual del Hermano Policarpo, por otra, la esperanza sostuvo su voluntad en la búsqueda de la mayor gloria de Dios y en la búsqueda del bien de su Congregación.
- 2 El pensamiento del Reino que Jesucristo ha preparado para sus elegidos, era para él fuente de consuelo y fortaleza. Esperaba de Dios, con la confianza de un niño, las promesas divinas, pidiendo no salir jamás de este abandono filial.
- 3 La esperanza del Hermano Policarpo se manifiesta en su amor y deseo de los bienes celestiales, ya que cifra en Dios toda su felicidad.

- 4 En el cumplimiento de su deber de estado, y de manera especial como Superior General, animaba a sus Hermanos a buscar los bienes celestiales. «A los buenos religiosos les espera una corona especial en la morada eterna. Para merecerla, han de librar los combates de su vocación».
- 5 «Cuando les enseñe la ciencia de la santidad, siento la necesidad de ser yo mismo mejor religioso. Si les muestro el camino del cielo, ¿no debo ser el primero en arrastrarles con el poder del buen ejemplo?».
- 6 «Diga al Hermano que un verdadero siervo de Dios no tiene que dejarse llevar nunca por la tristeza ni dejarse vencer por el abatimiento. Que no se preocupe lo más mínimo por el aprecio y estima de los otros. Sepan uno y otro que les quiero mucho, pues siguen siendo mis hijos predilectos».

*c) El Hermano Policarpo y su amor a Dios*

- 1 El Hermano Policarpo daba testimonio de su amor a Dios haciendo el bien con todo su corazón y con toda su alma y, sobre todo, dedicándose con todas sus fuerzas a seguir el camino de la perfección.
- 2 «¿Quién podrá expresar..., el ardor de su amor divino! Las almas más tímidas, las más indolentes, las más relajadas, ¿no se sentían acaso conmovidas y transformadas cuando habían tenido la dicha de ser testigos de su quehacer cotidiano, de sus actos, realizados todos con sumo esmero, de escuchar sus palabras inflamadas en ardor celestial, de contemplar ese fuego divino irradiando en su rostro lleno siempre de amabilidad indescriptible, fuego que sabía comunicar y conservar en los corazones de una manera extraordinariamente admirable y constante?».
- 3 El Hermano Policarpo repetía gozosamente: «Nuestro Dios es un fuego devorador»; y «¿Puede ser tibio un religioso si se acerca a Dios que es como un fuego devorador?...». El Hermano Adrién decía a los Hermanos residentes en América: «¿No estaba totalmente inflamado en el amor de Dios?...»
- 4 Una de las más bellas características del amor es el agradecimiento: «¡Transido de amor y de viva gratitud, expresaba de esta manera los sentimientos y los anhelos de su alma: ¿Cómo le pagaré al Señor todos los bienes de los que me ha colmado, sobre todo llamándome a la vida religiosa?...».
- 5 A menudo hacía referencia al don total de sí mismo al Creador, y su corazón prorrumpía en protestas de fidelidad y amor: «¡Se acabó, Dios mío! ¡Quiero ser todo vuestro en el tiempo y en la eternidad!».
- 6 Inflamado en la caridad de Cristo no escatimaba esfuerzos para conseguir que sus Hermanos fueran devorados por ese mismo fuego, ya que un amor ferviente hace que el alma se venza a sí misma y abraza con fe y paciencia los sufrimientos y las contrariedades de la vida diaria.

*d) Caridad del Hermano Policarpo hacia el prójimo*

- 1 Tanto al desempeñar el cargo de maestro de novicios, primero, como después el de Superior General del Instituto, el H. Policarpo gobernó más por la caridad que por la disciplina rígida. Así se ganaba el afecto de sus Hermanos. Mientras fue Superior, trabajó cuanto pudo para desarrollar el espíritu de caridad en los corazones de los Hermanos.
- 2 Escribió en sus Reglas: «Tendrán entre sí *una gran caridad*, un cordial afecto, *una unión perfecta*. Amarán a todos sus Hermanos sin distinción alguna, evitando con cuidado las amistades excluyentes que, con frecuencia, son la ruina de las comunidades.»
- 3 Se compadecía, con paternal solicitud, de los males de sus Hermanos; así, si algún Director era excesivamente severo con sus inferiores, le reprendía enérgicamente. El Hermano Basilien escribió: «Tenía un corazón de oro».
- 4 En todos los actos de la vida del H. Policarpo destacaba su caridad: perdonaba fácilmente a los Hermanos que confesaban sus faltillas; se mostraba locuaz al hablar de las cualidades y virtudes de los Hermanos pero procuraba callar sus defectos; no ocultaba su gran amor por los ancianos y los jóvenes;

- 5 La contemplación de calamidades o de personas afligidas por el dolor, le conmovían, incluso, hasta las lágrimas. El ejemplo de su caridad hizo florecer esta virtud en todo el Instituto a pesar de la diversidad de caracteres.
- 6 Sin caridad, decía, no reina ni la paz ni la bondad en las comunidades. Animaba de continuo a sus Hermanos a vivir «con sentimientos de la más perfecta caridad, para que todos tengan un solo corazón y una sola alma».

*e) El Hermano Policarpo y el celo apostólico*

- 1 A lo largo de toda su vida, pero de manera especial mientras fue Superior General de la Congregación, el Hermano Policarpo puso cuanto estuvo de su parte para lograr el bien espiritual de los religiosos y de los alumnos; andaba continuamente animado del celo que busca la expansión del Reino de Dios.
- 2 Inflamado por el deseo de perfección, deseaba comunicar a los Hermanos ese mismo santo ardor: «Para ser hombre, hay que actuar por la razón; para ser cristiano, hay que crucificar su propia carne; para ser santo, hay que morir a sí mismo e imitar la vida del divino Salvador».
- 3 Inculcaba en los Hermanos el espíritu de oración; Todos los Hermanos se sintieron felices al comprender que tenían a la cabeza un hombre de gobierno y un santo. Los novicios fueron formados con esmero en el estudio y en la práctica de la vida religiosa. Las frecuentes visitas, las sólidas enseñanzas, una constante vigilancia de los intereses materiales y espirituales de las comunidades y una suave y paternal firmeza, levantaron de nuevo el ánimo decaído de los Hermanos.
- 4 Exigía a sus Hermanos que fueran fieles al estudio del catecismo: «Es tan importante este estudio que no se me ha ocurrido ponerlo en ellas, pues estoy persuadido de que la alta estima que deben tener de él hará las veces de Regla a este respecto».
- 5 Las cartas administrativas ofrecen ejemplos del interés con que velaba por el bien espiritual de sus Hermanos: ruega al párroco de Massiac que no muestre preferencia por ningún Hermano, no sea que llegue a creerse indispensable; la vivienda de los Hermanos ha de contar con un mínimo de comodidades; ruega al párroco de Allanche que ponga fin a cualquier tipo de abusos y que repare las dependencias de los Hermanos...
- 6 Sus mayores desvelos eran para el noviciado: «El objetivo hacia el que se dirigían todos los esfuerzos de su celo y de su continua solicitud».

*f) La prudencia del Hermano Policarpo*

- 1 Al conocer su nombramiento como Superior General, los Hermanos dieron gracias a Dios «por haber concedido a la Congregación un Superior capaz de gobernar, un jefe con dotes de mando y con el ascendiente que confieren la prudencia, la sabiduría y la virtud».
- 2 Para proteger la vida espiritual de los religiosos, pidió al párroco de St. Etienne-Vallée-Française que velara por ellos; con ese fin, le rogó que leyera las Reglas de la Congregación; rogó al párroco de Massiac que no manifestara preferencia por ningún religioso y que no hiciera creer a nadie que resultaba indispensable.
- 3 Su prudencia adquiría máximo relieve en las advertencias que hacía a sus Hermanos: «Es usted demasiado impulsivo, hijo mío; necesita calma, paciencia, estar atento y ser prudente. No castigue tanto, tenga en cuenta la diversidad de caracteres y prevenga las faltas para no tener necesidad de corregirlas».
- 4 Su prudencia brilló en la desagradable situación creada por las pretensiones del abate Arnaudon quien, incluso después de la elección del Hermano Policarpo para el cargo de Superior General, seguía arrogándose poderes que eran competencia exclusiva del Superior General.
- 5 Tan pronto como tuvo conocimiento de la huída de un Hermano de Marvejols, se presentó en el lugar y arregló el asunto con satisfacción de todos: «Así es como el buen Superior sabía allanar las dificultades, devolver la paz y la armonía, utilizando diversos procedimientos según fuesen las circunstancias, procedimientos acompañados siempre de una incomparable destreza y domeñados por el corazón...».

6 En sus visitas anuales, recordaba a cada uno, «con franqueza y sabia moderación, la línea de conducta más apropiada»; para conseguir la perfección se propuso, entre otras cosas, una estricta vigilancia de sí mismo; con su prudencia, contribuyó en gran manera a la prosperidad de la Congregación.

*g) La justicia del Hermano Policarpo*

1 Si echamos una mirada a su infancia y juventud, vemos manifestarse en él la virtud de la justicia, principalmente por su piedad filial: «En el trato con sus padres, era un niño modelo, siempre respetuoso y obediente»; colaboraba en la obtención de recursos económicos para la familia trabajando en el campo. Convertido en maestro de La Motte se dedicó en cuerpo y alma a sus alumnos.

2 En repetidas ocasiones, da gracias a Dios por los beneficios recibidos. Por ejemplo cuando la Congregación ve nacer una misión en América del Norte, escribe: «Hemos dado infinitas gracias al cielo por habernos deparado una ocasión que, desde hacía largo tiempo, anhelábamos de todo corazón y con nuestros deseos más ardientes».

3 Tras las ceremonias de la toma de hábito o de la profesión religiosa de nuestros Hermanos, el Siervo de Dios, radiante de gozo, y recordando las palabras del salmo *Ecce quam bonum*, decía de corazón: «Deo gratias»; a lo que todos respondían: «Amén».

4 A quienquiera que le hubiese hecho un favor, no se contentaba con decirle un simple ‘muchas gracias’; más bien, le manifestaba una y otra vez su ánimo agradecido por medio de humildes y amables sentimientos.

5 Dice a los Directores: «Sean modelos perfectos para sus Hermanos. Inspírenles el amor a la observancia y a la virtud, mucho más a través de su conducta que con sus discursos, ya que la elocuencia de la acción es mucho más persuasiva que la palabra».

6 Durante toda su vida no sólo evitó hacer daño al prójimo, sino que procuró favorecerle con el mayor bien posible. Esta era su idea dominante: «La salvación de su alma, realizada mediante una perseverante fidelidad al cumplimiento de la misión que Dios le había confiado...».

*h) La virtud de fortaleza en el Hermano Policarpo*

1 A dos podemos reducir las características de la virtud de fortaleza: emprender cosas difíciles y perseverar en ellas. En el camino de su vocación el Hermano Policarpo superó todos los obstáculos con grandeza de alma, actuando con tesón y constancia.

2 Como Superior, el Hermano Policarpo acometió empresas realmente difíciles: de una Congregación débil y agonizante que había recibido en herencia, él la legó a su sucesor fuerte y vigorosa.

3 La ardua misión que le acababan de confiar requería mucha prudencia, firme autoridad y, al mismo tiempo, gran fortaleza de ánimo. Por eso hizo cuanto pudo para restaurar la disciplina religiosa mediante unas Reglas llenas de sabiduría; con caridad y firmeza al mismo tiempo, exhortó a sus Hermanos a la perfección; creó nuevas comunidades; extendió el Instituto a América; visitaba anualmente las casas de la Congregación.

4 Leemos en su biografía: «Guiado y sostenido por el espíritu de mansedumbre, se mostraba tranquilo y resignado en las tribulaciones; atravesaba las tempestades de la vida con rostro sereno. De forma semejante se manifestaba cuando se trataba de bajar los humos a ciertos sujetos difíciles, de soportar las debilidades de cada uno, de reprender los defectos y negligencias de los culpables».

5 El Hermano Policarpo no carecía ni de firmeza ni de fortaleza cuando la observancia regular estaba en juego o cuando peligraba la buena reputación de la escuela, de la Congregación o de algún religioso, aunque esto pudiera significarle atraerse las iras de los patrocinadores de las escuelas, de los alcaldes municipales, de los párrocos, o de cualquier otra clase de personas.

6 Sobrellevó con paciencia las enfermedades que con frecuencia tuvo durante su vida: «Era el mes de abril de 1847. Durante la visita de las comunidades, al venir de Ardes a Condat, cayó enfermo de fiebre tifoidea. Lo cuidé y serví durante más de un mes y, en todo momento, fue motivo de edificación: sumisión, obediencia absoluta a todo lo que se le decía...».

*i) La templanza del Hermano Policarpo*

- 1 «Su porte exterior sencillo y modesto..., su espíritu cultivado y serio, hicieron de él un miembro valioso y querido por toda la comunidad. Pero lo que más se admiró en él, junto a la radiante paz de espíritu reflejada en el semblante, fue su piedad sincera, su notable inclinación a la mortificación y su vida interior».
- 2 Decía el Hermano Benjamín: «¡Qué constante y perfecto ejemplo de mortificación nos daba; enemigo de toda comodidad, de toda búsqueda de sí mismo y de cualquier satisfacción de los sentidos, se mostraba particularmente edificante en el dominio de ellos; desaprobaba cualquier relajación; sufría con paciencia cuando la molestia le afectaba sólo a él, en cambio, para los demás, su caridad era tan delicada, tan bondadoso su corazón, que era capaz de todo para aliviarlos espiritual y corporalmente».
- 3 Rehuía el trato de favor hacia su persona, procuraba evitar cuanto halagase los sentidos y aprovechaba cualquier ocasión para imponerse algún sacrificio; prefería, con agrado, las cosas toscas a las refinadas.
- 4 Por espíritu de mortificación, cuando iba a visitar las comunidades, muy a menudo hacía el camino a pie, incluso en pleno rigor del invierno;
- 5 Aunque predicó la mortificación, no descuidaba la salud de sus religiosos. Procuraba que no les faltase lo necesario, tanto en materia de alimentación como en el ajuar doméstico, y quería que los lugares de residencia gozasen de las condiciones apropiadas para la salud y el cumplimiento de las Reglas.
- 6 Brilló intensamente la virtud de la templanza manifestada en forma de mortificación, gracias a las cuales soportaba siempre con ánimo sereno los trabajos y privaciones y afrontaba sin temor los riesgos de la naturaleza, aun a costa de poner en peligro su frágil salud y hasta su vida misma.

*j) La humildad del Hermano Policarpo.*

- 1 La humildad constituye la base y fundamento de todas las virtudes del Hermano Policarpo. Amó esta virtud como un precioso tesoro y la cultivó con la máxima perfección a lo largo de toda su vida.
- 2 El Hermano Adelphe testimonia: «Como en todos los santos, el fundamento de las virtudes del Hermano Policarpo era la humildad. En este santo hombre, todo transparentaba esta virtud: su porte, sus modales, sus palabras... Jamás salía de sus labios ese 'yo' tan antipático; jamás hablaba de sí mismo, ni para bien ni para mal. En cualquier circunstancia, siempre que le era posible, se eclipsaba totalmente. Cuando le era dado realizar un acto de esta virtud, su rostro irradiaba alegría».
- 3 Como, en el año de 1846, fuese reelegido para el cargo de Superior General con todos los votos de los capitulares, el Hermano Policarpo trataba de librarse de esa carga y ese honor «protestando que, a pesar de todo, aceptaría si no estuviese convencido de que había otros Hermanos más dignos que él». En vista de que mantenía su negativa -incluso después de una segunda votación en la que nuevamente resultó elegido por unanimidad- sólo el voto de obediencia consiguió forzarle a aceptar el cargo.
- 4 Escribe el Hermano Benjamín: «Su humildad y su mortificación rebasaban todos los límites; ¿se le vio vanagloriarse en alguna ocasión? Gustosamente se habría colocado en el último lugar, si no le hubiesen forzado a ponerse al frente de la Congregación. Ahí están los hechos para demostrarlo.
- 5 La humildad es el rasgo que preside sus notas espirituales: «En ellas, todo respira humildad, amor de Dios y una voluntad firmemente resuelta a unirse a Cristo e imitarle asociándose a sus padecimientos».
- 6 El Hermano Policarpo demostró ser humilde por su mansedumbre y bondad. «Practicó la mansedumbre con gran perfección; tan empapado estaba de esta virtud que, sin pretenderlo, le rezumaba de su lenguaje y forma de comportarse».

*k) Los votos de castidad, pobreza y obediencia*

- 1 Testifica el Hermano Adelphe: «Aunque fue grande el amor del Hermano Policarpo hacia todas las virtudes, había una que amaba sin medida y que le hubiera gustado brillara en todos los Hermanos: la pureza. Por leve que fuera, no admitía absolutamente nada que ofendiese a esta virtud: ni palabra ligera, ni gesto, ni sonrisa, ni caricia, ni postura... Él, tan bueno, tan caritativo, en modo alguno excusaba un descuido en este punto».
- 2 Él se entregaba a la penitencia con el fin de conservar el dominio de sus sentidos y de su corazón y deseaba ardientemente que los religiosos resplandecieran por su modestia y mortificación, procurando alejar de ellos los peligros que pudieran atentar contra la virtud de la castidad,
- 3 Fijos los ojos en Cristo Jesús, que se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con los verdaderos bienes, el Hermano Policarpo era un enamorado de la pobreza: «Se consideró como un auténtico pobre, feliz de vivir y morir en la oscuridad y las privaciones voluntarias». A los religiosos residentes en América les dice estas palabras: «No he experimentado desagrado alguno al conocer el estado de pobreza en el que se ven obligados a vivir. La pobreza de Jesucristo es un auténtico tesoro para los religiosos quienes, para agradecer a Dios, han hecho el voto de pobreza. Su obra prosperará mientras la pobreza reine entre ustedes».
- 4 Estuvo siempre atento a no malgastar nada; invitaba a los postulantes recién llegados a deshacerse de sus pequeñas pertenencias: «El Sagrado Corazón les pagará estos ligeros sacrificios con el ciento por uno»; lanzaba severas invectivas contra quienes, despreciando la Regla, disponían sin permiso de las cosas o del dinero: «¿Para qué renovaron ustedes los votos en los últimos ejercicios espirituales si habían de arrepentirse poco tiempo después? Jamás hubiese creído que el amor a los bienes perecederos de este mundo habría de fascinarles hasta ese punto...»; en las instrucciones enviadas a no pocos directores, les ordena que, en el uso y administración de los bienes materiales, actúen con prudencia, inteligencia y sentido de economía, conforme a las normas de la pobreza religiosa;
- 5 Dice en sus Reglas: «Para avanzar en la virtud, es sumamente importante y absolutamente necesario que todos se consagren con ardor a la tarea de perfeccionar su obediencia, que reconozcan en el Superior o Director, quienquiera que fuere, al representante de Jesucristo Nuestro Señor y que profesen hacia él interiores sentimientos de respeto y amor».
- 6 En sus cartas exhorta frecuentemente a los Hermanos a practicar la virtud de la obediencia: «Es posible que le cueste dirigir esa casa, pero ya sabe que el cielo sólo se compra con sacrificios. Un religioso no ha de buscarse a sí mismo; es esta última consideración la que me hace soportar con paciencia el cargo que la Divina Providencia me ha impuesto; ella le ayudará también a usted a sobrellevar las dificultades del suyo»; «No hará usted su propia voluntad, sino la del Superior y, por consiguiente, la voluntad de Dios».